

RUDYARD KIPLING

Los constructores del puente

(El trabajo de cada día)



ÍNDICE

- LOS CONSTRUCTORES DEL PUENTE
- PAN SOBRE LAS AGUAS
- .007
- WILLIAM LA CONQUISTADORA
- UN DELEGADO AMBULANTE
- EL CHICO DE LA LEÑA

RUDYARD KIPLING

LOS CONSTRUCTORES DEL PUENTE EL TRABAJO DE CADA DÍA

LOS CONSTRUCTORES DEL PUENTE

Lo menos que esperaba Findlayson, del Departamento de Obras Públicas era un C. I. E.; él soñaba con un C. S. L ¹, y sus amigos le decían que ciertamente merecía más. Durante tres años había soportado calor y frío, desánimo, incomodidad, peligro y enfermedad con una responsabilidad excesiva sólo para unos hombros; y durante todo ese tiempo, día a día, había ido creciendo bajo sus órdenes el gran Puente de Kashi sobre el Ganges. Y en menos de tres meses, si todo iba bien, Su Excelencia el Vicerrey inauguraría el puente vestido de gala, un arzobispo lo bendeciría, pasaría por encima el primer tren cargado de soldados y habría discursos.

El ingeniero Findlayson, sentado en su vagoneta del trenecito dedicado a la construcción que recorría uno de los muros de sostén principales -las orillas revestidas de enormes piedras que se extendían al norte y al sur, a ambos lados del río, casi cinco kilómetros-, se permitió pensar en el final. Contando los accesos, su obra tenía dos kilómetros ochocientos metros de longitud; un puente de vigas de celosía amarrado con vigas Findlayson que se levantaba sobre veintisiete pilares de ladrillo. Cada uno de estos pilares tenía algo más de siete metros de diámetro, se remataba en piedra rojiza de Agra y se hundía veinticuatro metros bajo las arenas móviles del lecho del Ganges. Por encima corría la vía férrea, de cuatro metros y medio de anchura; y más arriba de ésta un camino para carretas de dieciocho pies flanqueado por aceras para peatones. En los dos extremos se levantaban torres de ladrillo rojo, con aberturas para los mosquetes y troneras para los cañones, y la rampa de la carretera cubría las piedras de arranque. Los extremos de tierra parecían vivos y hormigueantes por los cientos y cientos de borriquillos que salían de las bocas de las zanjas de préstamo ², bajo sacos llenos de tierra; y el aire cálido de la tarde

¹ C. I. E. ... C. I. S. Companion of the Indian Empire, Companion of the Star of Indian.

² Zanja de préstamo. Zanja creada al sacar tierra para construir muros de contención.

estaba lleno del ruido de los cascos, el golpeteo de los bastones de los conductores y el de la tierra al caer hacia abajo. El río estaba más abajo, y en la deslumbrante arena blanca que había entre los tres pilares centrales se levantaban pequeñas balsas de traviesas de ferrocarril rellenas de barro por el interior y embadurnadas por el exterior que servía de apoyo al extremo de las vigas mientras éstas eran remachadas. En las escasas zonas de agua profunda que había dejado la sequía, un puente-grúa trabajaba de aquí para allá girando sobre su asentamiento, poniendo en su lugar secciones de hierro, resoplando, retrocediendo y gruñendo como hace un elefante en los astilleros. Cientos de remachadores revoloteaban como un enjambre alrededor del enrejado secundario y del tejado de hierro de la línea del ferrocarril, colgados de andamios invisibles bajo los vientres de las vigas, arremolinados alrededor de las gargantas de los pilares, y caminando sobre los salientes de los montantes de las aceras; sus hornillos y los chorros de llamas que respondían a cada golpe de martillo se marcaban como un simple amarillo pálido bajo el resplandor del sol. Al este y al oeste, al norte y al sur, los trenes de la línea de construcción traqueteaban y gemían arriba y abajo de los terraplenes, y tras ellos resonaban las vagonetas en las que se apilaban las piedras blancas y pardas hasta que se abrían los laterales y, con gran estruendo, miles de toneladas de material eran arrojadas para mantener el río en su sitio.

El ingeniero Findlayson se dio la vuelta en su vagoneta y contempló la faz de aquella zona que él había cambiado en once kilómetros a la redonda. Miró hacia atrás, al pueblo zumbante en el que vivían cinco mil trabajadores; corriente arriba y corriente abajo, a lo largo de la perspectiva de estribaciones y arenas; al otro lado del río, hacia los lejanos pilares cuya perspectiva disminuía con la neblina; por encima de la cabeza hacia las torres de vigilancia -y sólo él sabía lo fuertes que eran-, y con un suspiro de alivio, vio que su obra era buena. Allí, bajo la luz del sol y ante él, se elevaba su puente, al que sólo le faltaban unas semanas de trabajo en las vigas de los tres pilares centrales... su puente, tosco y feo como el pecado original, pero *pukka*, permanente, que resistiría cuando hubiera perecido ya todo recuerdo del constructor, incluso de la espléndida viga Findlayson. Prácticamente, aquello estaba terminado.

Su ayudante Hitchcock trotaba por la vía en un pequeño caballo kabulí de cola trenzada que por su larga práctica podría haber trotado con toda seguridad sobre un andamio, e hizo una señal de reconocimiento a su jefe.

-Ya casi está -dijo con una sonrisa.

-Estaba pensando en ello -respondió el otro-. No es un mal trabajo para dos hombres, ¿verdad?

-Para uno... y medio. ¡Dios, menudo cachorro de Cooper's Hill³ estaba hecho cuando vine a esta obra!

Hitchcock pensaba que había envejecido mucho con la acumulación de experiencias de los últimos tres años, y que había aprendido a tener poder y responsabilidad.

-Eras un muchacho bastante atolondrado -dijo Findlayson-. Me pregunto cómo te sentará la vuelta al trabajo de oficina cuando esto haya terminado.

-¡Lo odiaré! -exclamó el joven, y siguiendo con sus ojos la mirada de Findlayson, murmuró-: ¿No le parece condenadamente bueno?

-Creo que terminaremos el servicio juntos -dijo Findlayson para sí mismo-. Eres un joven demasiado bueno para echarte a perder con otro. Eras un cachorro y te has

³ *Cooper's Hill*. Es decir el Real Colegio Indio de Ingeniería Civil, situado en Surrey, Inglaterra.

convertido en un ayudante. ¡Un ayudante personal, y si me merezco algo por esto, me acompañarás en Simla!

Ciertamente, la carga del trabajo había recaído totalmente sobre Findlayson y su ayudante, el joven al que había elegido por su falta de experiencia, para poder moldearlo así según sus propias necesidades. Había contratistas de trabajo al cincuenta por ciento: mecánicos y remachadores, europeos, venidos de los talleres del ferrocarril, quizá veinte blancos y mestizos subordinados que tenían que dirigir, bajo supervisión, a los grupos de trabajadores; pero ninguno de ellos sabía mejor que ellos dos, que confiaban el uno en el otro, hasta qué punto no se debía confiar en los subordinados. Habían sido puestos a prueba numerosas veces en crisis repentinas -por deslizamiento de las viguetas de soporte, rotura de máquinas, fallos en las grúas y por la cólera del río-, pero ninguna situación de tensión había revelado entre ellos a ningún hombre del que Findlayson y Hitchcock hubieran podido tener el honor de decir que había trabajado tanto como ellos mismos trabajaron. Findlayson pensó en ello desde el principio: los meses de trabajo de oficina destruidos de un golpe cuando el Gobierno de India, en el último momento, añadía sesenta centímetros a la anchura del puente, pensando que los puentes se hacían recortando papel, y arruinando con ello por lo menos medio acre de cálculos, y Hitchcock, para el que la decepción era algo nuevo, enterró la cabeza en los brazos y lloró; los dolorosos retrasos en la firma de los contratos en Inglaterra; la correspondencia inútil que sugería grandes comisiones sólo con que se aceptara una partida, y sólo una, bastante dudosa; la guerra que siguió al rechazo; la obstrucción cuidadosa y cortés, en el otro lado, que siguió a la guerra hasta que el joven Hitchcock, sumando un mes de permiso con otro, y pidiendo prestados diez días a Findlayson, se gastó sus escasos ahorros de un año en un enfebrecido viaje a Londres. Y una vez allí, según afirmó él mismo y como demostraron las partidas posteriores, puso el miedo a Dios en un hombre tan grande que sólo temía al Parlamento, y Hitchcock le estuvo abordando en la mesa de la cena hasta que acabó por tener miedo del Puente de Kashi y de todos los que hablaban en su nombre. Luego estuvo el cólera, que una noche llegó al pueblo desde la zona cercana a las obras del puente; y tras el cólera les atacó la viruela. La malaria había estado siempre con ellos. Hitchcock había sido designado como magistrado de tercera categoría con capacidad para ordenar el uso del látigo, para el mejor gobierno de la comunidad, y Findlayson vio que ejercía sus poderes con templanza, aprendiendo qué era lo que tenía que pasar por alto y qué lo que tenía que buscar. Fue un larguísimo ensueño que incluyó tormentas, crecidas repentinas del río, muertes de todo tipo y forma, la rabia violenta y terrible por la burocracia que volvía frenética una mente que sabía que debería estar ocupada en otras cosas; sequía, problemas de saneamiento, finanzas; nacimientos, bodas, entierros y algaradas en un pueblo en el que vivían veinte castas guerreras; discusiones, debates, persuasión y esa desesperación vacía del hombre que se va a la cama dando gracias de que su rifle esté entero en la caja. Pero tras todo aquello se elevaba la estructura negra del Puente de Kashi, placa a placa, viga a viga, vano a vano, y cada uno de sus pilares le hacía pensar en Hitchcock, ese hombre cabal que había permanecido junto a su jefe, sin el menor fallo, desde el principio mismo hasta el final.

Por tanto el puente era el trabajo de dos hombres, a menos que se contara a Peroo; como Peroo, ciertamente, se contaba a sí mismo. Era un *lascar*⁴ un *kharva*⁵ de Bulsar,

⁴ *Lascar*. Termino indostaní que significa marinero.

⁵ *Kharva*. Casta dedicada al trabajo de marinero y al comercio y fabricación de sal. Bulsar es una

familiarizado con todos los puertos que había entre Rockhampton⁶ y Londres, que había llegado a tener el grado de serang⁷ en los barcos de British India⁸, pero que habiéndose cansado de las revistas rutinarias y la ropa limpia, abandonó el servicio para meterse tierra adentro, donde con seguridad encontraría empleo un hombre de su calibre. Por su conocimiento de la polea y el manejo de los pesos pesados, Peroo se merecía cualquier precio que decidiera poner a sus servicios; pero era la costumbre la que decretaba el salario de los trabajadores y la posición de Peroo no valía más que unas cuantas monedas de plata. Ni las corrientes de agua ni las alturas extremas le daban miedo; y como antiguo serang sabía mantener la autoridad. No había pieza de hierro que fuera demasiado grande o estuviera mal situada para la que Peroo no pudiera idear una polea con la que levantarla: una instalación de extremos sueltos y combada, adornada con una conversación escandalosa por lo extensa, pero absolutamente adecuada para el trabajo que se iba a hacer. Fue Peroo quien salvó de la destrucción la viga del pilar número siete cuando la nueva cuerda de alambre se atoró en el ojo de la grúa, y la enorme placa se inclinó sobre sus lazos amenazando con deslizarse hacia un lado. En ese momento los trabajadores nativos perdieron la cabeza y se pusieron a lanzar grandes gritos, una placa en forma de T se cayó rompiéndole a Hitchcock el brazo derecho, y se lo metió bajo los botones del abrigo y se desmayó, pero volvió en sí y estuvo dirigiendo las operaciones durante cuatro horas hasta que Peroo, desde lo alto de la grúa, gritó que todo estaba bien y la placa fue colocada en su sitio. No había nadie como Peroo, el serang, para utilizar el látigo, exagerar su importancia y mantenerse firme, para controlar los motores auxiliares, para tirar diestramente de una locomotora que hubiera caído en una zanja de préstamo; para desnudarse y bucear, si era necesario, con el fin de averiguar si los bloques de hormigón que rodeaban los pilares resistían el azote de Madre Gunga, o para aventurarse corriente arriba en una noche de monzón e informar sobre el estado de los terraplenes. Interrumpía sin el menor miedo las deliberaciones de campo de Findlayson y de Hitchcock hasta que se agotaba su maravilloso inglés, o su todavía más maravillosa *lengua-franca*, mitad portugués y mitad malayo, y se veía obligado a sacar la cuerda y enseñar los nudos que recomendaba. Controlaba su propio grupo de encargados de polea: misteriosos parientes procedentes de Kutch Mandvi recogidos mes a mes y puestos a prueba hasta un grado máximo. Por lo que se refería a la nómina, ninguna consideración de familia o amistad debilitaba las manos o la cabeza de Peroo.

-Mi honor es el honor de este puente -decía a aquél que iba a despedir-. ¿Y qué me importa a mí el tuyo? Vete a trabajar en un barco de vapor. Es para lo único que vales.

El pequeño grupo de chozas en las que vivían él y su grupo rodeaba el habitáculo ruinoso de un sacerdote marino: éste no había puesto nunca un pie en mar abierto, pero había sido elegido como consejero de los espíritus por dos generaciones de piratas que no se habían visto afectados ni por las misiones que hay en los puertos ni por aquellos credos que tratan de introducirse en los marineros desde instituciones situadas a las orillas del Támesis. El sacerdote de los lascar no tenía nada que ver con la casta de éstos, ni en realidad con ninguna. Comía las ofrendas que se hacían a su iglesia, dormía, fumaba y

ciudad del Gujerat.

⁶ *Rochampton*. Ciudad australiana.

⁷ *Serang*. Termino indostaní para contramaestre.

⁸ *British India*. Compañía dedicada a los barcos de pasajeros fusionada posteriormente con la empresa P & O.

volvía a dormir.

-Pues es un hombre muy santo -decía Peroo, que era quien le había arrastrado mil millas tierra adentro-. No le importa lo que comas con tal de que no comas vaca, y eso es bueno, pues en tierra los kharvas veneramos a Siva; pero en el mar, en los barcos de la Compañía, seguimos estrictamente las órdenes del Burra Malum (el primer oficial), y en este puente hacemos lo que dice Sahib Finlison.

Ese día Sahib Findlayson había dado la orden de quitar el andamiaje de la torre de vigilancia de la orilla derecha, y Peroo y sus compañeros estaban desatando y bajando las planchas y palos de bambú con la misma rapidez que sacarían a latigazos la carga de un barco costero.

Desde su vagoneta podía escuchar el silbato de plata del serang y los crujidos y el estruendo de las poleas. Peroo estaba de pie sobre el remate más alto de la torre, vestido con el mono azul del servicio marítimo que había abandonado, y cuando Findlayson le indicó por señas que fuera cuidadoso, pues su vida no podía desperdiciarse, se sujetó de la última pértiga, y poniéndose una mano sobre los ojos a la manera marina, respondió con el grito largo de vigía que se da desde el castillo de proa:

-Ham dekhta haj [estoy vigilando].

Findlayson se echó a reír y después lanzó un suspiro. Hacía ya muchos años desde que había visto un barco de vapor y tenía nostalgia de su hogar. Cuando la vagoneta pasó debajo de la torre, Peroo descendió por una cuerda, como un mono, y gritó:

-Ahora parece bien, Sahib. Nuestro puente casi está hecho. ¿Qué cree que dirá Madre Gunga cuando el tren pase por encima? -Hasta ahora ha dicho poco. No fue nunca Madre Gunga la que nos retrasó.

-Para ella siempre hay tiempo; y no obstante ha habido retrasos. ¿Se ha olvidado Sahib de la inundación del pasado otoño, cuando las rastras se hundieron sin previo aviso, o con un aviso de sólo mediodía?

-Me acuerdo, pero ahora sólo una enorme inundación podría hacernos daño. Los puntales de la orilla occidental se mantienen bien.

-Madre Gunga se come bocados grandes. Siempre queda sitio para más piedras en los muros de contención. Así se lo dije al Sahib Chota⁹ -se refería a Hitchcock- y se echó a reír.

-No importa, Peroo. Otro año serás capaz de construir un puente a tu manera.

-Entonces no será así -contestó el lascar riendo-, con obra de sillería hundida bajo el agua, como se hundió el de Quetta¹⁰ Me gustan los puentes sus... suspensos que vuelan de una orilla a otra, con un gran estribo como pasamanos. Entonces el agua no los puede dañar. ¿Cuándo va a inaugurar el puente Lord Sahib?

-Dentro de tres meses, cuando refresque el tiempo.

-¡Ja, ja! Lord Sahib es como el Burra Malum. Duerme abajo mientras se hace el trabajo. Después sube a cubierta, te toca con el dedo y dice: «¡Esto no está limpio! ¡Dam jiboonwallah! »

-Pero a mí el Lord Sahib no me llama dam jiboonwallah, Peroo.

-No, Sahib; pero no sube a cubierta hasta que el trabajo se haya terminado. Me acuerdo de que el Burra Malum del *Nerbudda* dijo una vez en Tuticorin...

⁹ *Chota Sahib*. Literalmente, pequeño amo.

¹⁰ *Quetta*. Ciudad situada al oeste de la zona central de Pakistán, centro comercial, puesto militar y lugar de residencia veraniega.

-¡Venga, vete! Estoy ocupado.

-¡También yo lo estoy! -exclamó Peroo con semblante inamovible-. ¿Puedo coger el bote ligero y remar hasta los espolones?

-¿Para sujetarlos con las manos? Creo que son ya bastante pesados.

-Ni hablar, Sahib. No es así. En el mar, en el mar abierto, tenemos espacio para navegar arriba y abajo sin preocupaciones. Pero aquí no tenemos espacio alguno. Hemos metido el río en un dique y le hacemos correr entre sillares de piedra.

Findlayson sonrió al escuchar el «hemos».

-Lo hemos frenado y embridado. Pero no es como el mar, que puede batir contra una playa suave. Es Madre Gunga... con los grilletos puestos -al decir eso su voz titubeó un poco.

-Peroo, has subido y bajado por el mundo incluso más que yo. Ahora, dime la verdad. ¿Realmente tu corazón cree en Madre Gunga?

-Todo lo que dice nuestro sacerdote. Londres es Londres, Sahib. Sydney es Sydney, y Port Darwin es Port Darwin. También Madre Gunga es Madre Gunga, y cuando regreso a sus orillas lo sé y la venero. En Londres hice poojah¹¹ ante el gran templo que había al lado del río en nombre del dios que tenía dentro... sí, no me llevaré los cojines en el bote.

Findlayson montó en su caballo y trotó hasta la sombra de un bungalow que compartía con su ayudante. Aquel lugar se había convertido para él en un hogar durante los últimos tres años. Se había asado con el calor, sudado con las lluvias, y estremecido de fiebre bajo el tosco techo de paja; al lado de la puerta la cal estaba cubierta de toscos dibujos y fórmulas, y el camino hasta la sentina, por la estera del pórtico, mostraba por dónde había caminado a solas. El trabajo de un ingeniero no tiene un límite de ocho horas, y la cena con Hitchcock la comían calzados y con espuelas: con los cigarros encendidos, escuchaban el zumbido del pueblo mientras los grupos subían desde el río y las luces comenzaban a parpadear.

-Peroo ha subido a los espolones con tu bote. Se ha llevado con él a dos sobrinos, y se recuesta en la popa como un comodoro -dijo Hitchcock.

-Está bien. Tiene algo en mente. Uno pensaría que los diez años que ha pasado en los barcos de British India le habrían hecho perder la mayor parte de su religión.

-Y así ha sido -dijo Hitchcock sofocando la risa-. El otro día le oí en mitad de una conversación de lo más atea con ese viejo *guru* suyo. Peroo negaba la eficacia de la oración; y quería que el *guru* fuera al mar con él a ver una galerna y tratara de detener un monzón.

-Pues aun así, si echaras de aquí a su *guru*, nos dejaría de inmediato. Hace poco me contaba que había estado rezando bajo la cúpula de San Pablo cuando estuvo en Londres.

-Me contó que la primera vez que estuvo en la sala de máquinas de un vapor, de muchacho, rezó ante el cilindro de baja presión.

-Tampoco es mala cosa a la que rezar. Ahora está propiciando a sus propios dioses y quiere saber lo que pensará Madre Gunga del puente cuando lo crucen. ¿Quién hay ahí? -preguntó cuando una sombra oscureció la entrada, y dejaron un telegrama en manos de Hitchcock.

-Madre Gunga ya debería estar acostumbrada. Sólo es un telegrama. Será la respuesta de Ralli acerca de los nuevos remaches... ¡cielos! -exclamó Hitchcock poniéndose en pie de un salto.

¹¹ *Poojah*. Término indostaní que significa devoción, veneración.

-¿Qué ocurre? -preguntó el otro cogiendo el telegrama-. ¿Así que es *esto* lo que piensa Madre Gunga? -preguntó leyendo el mensaje-. Mantén la calma, joven. Este trabajo está hecho para nosotros. Veamos. Hace media hora Muir ha telegrafiado: «*Inundaciones en el Ramgunga. Presten atención*». Bueno eso nos da... una, dos... nueve horas y media hasta que la inundación llegó a Melipur Ghaut, y son las dieciséis menos siete, y media hora más hasta Latodi... unas quince horas antes de que llegue hasta nosotros.

-¡Maldita sea esa cloaca del Ramgunga que alimentan los montes! Findlayson, esto sucede dos meses antes de que pudiera esperarse, y la orilla izquierda todavía está cubierta de materiales. ¡Dos meses antes de tiempo!

-Pero así son las cosas. Hace sólo veinticinco años que conozco los ríos de India y no pretendo entenderlos. Aquí viene otro telegrama -Findlayson lo abrió-. Esta vez es de Cockran, desde el Canal del Ganges: «*Aquí llueve mucho. Mal asunto*». Podría haberse ahorrado las últimas palabras. Bueno, no necesitamos saber nada más. Tenemos que poner a trabajar a todos los grupos la noche entera y limpiar el lecho del río. Ocupate de la orilla izquierda y trabaja hasta que te encuentres conmigo en la mitad. Pon bajo el puente todo lo que flote: ya tenemos suficientes embarcaciones que bajan a la deriva como para dejar que las rastras choquen contra los pilares. ¿Tienes algo en la orilla oriental que haya que cuidar?

-Un pontón grande con el puente-grúa encima. El otro puente-grúa está en el pontón reparado, con los remaches de la carretera de tierra desde los pilares veinte al veintitrés... dos líneas férreas auxiliares y una vía muerta para dar la vuelta. El pilotaje de las cimentaciones lo podemos abandonar a su suerte --dijo Hitchcock.

-De acuerdo. Enrola a cualquiera al que puedas ponerle la mano encima. Daremos a las cuadrillas quince minutos más para que se tomen la comida.

Cerca del pórtico había un gran gong nocturno que sólo se usaba para las inundaciones o cuando había fuego en el pueblo. Hitchcock había pedido un caballo de refresco y había partido hacia su lado del puente cuando Findlayson cogió la varilla envuelta en paño y rozó con un golpe el gong para sacar todo el sonido del metal.

Antes de que se apagara el ruido, todos los gongs nocturnos del pueblo habían transmitido la advertencia. Había que añadir las llamadas roncas de las caracolas desde los pequeños templos; el repiqueteo de tambores y tantanes; y desde las zonas europeas, donde vivían los remachadores, rebuznaba desesperadamente la trompeta de M'Cartney, un arma ofensiva para los domingos y fiestas, con el toque destinado a limpiar y a abrevar los caballos. Fueron silbando una máquina tras otra de las que regresaban a casa, por las vías muertas, tras el trabajo del día, hasta que los silbatos encontraron respuesta en la orilla más lejana. Después, el gong grande sonó tres veces como advertencia de que se trataba de una inundación, no de un incendio; caracolas, tambores y silbatos repitieron la llamada, y el pueblo entero se estremeció por el sonido de los pies descalzos al correr sobre la tierra blanda. En todos los casos la orden era colocarse junto al puesto de trabajo del día, y aguardar instrucciones. En el crepúsculo aparecieron las cuadrillas; los hombres se detenían para anudarse un paño en la cintura o atarse una sandalia; los capataces gritaban a sus subordinados mientras corrían o se detenían junto a los cobertizos de herramientas buscando barras y azadones; las locomotoras se arrastraban sobre las vías llenas de gente hasta que el torrente pardo desapareció en el crepúsculo del lecho del río, corrió sobre los cimientos, se amontonó a lo largo de los enrejados, se arracimó junto a

las grúas y se quedó quieto, cada hombre en su sitio.

Luego el turbulento batir del gong transmitió la orden de cogerlo todo y llevarlo más arriba de la señal superior del agua, y aparecieron a cientos las lámparas encendidas entre las redes de hierro oscuro cuando los remachadores empezaron una presurosa noche de trabajo contra la inundación que se iba a producir. Las vigas de los tres pilares centrales, las que estaban sobre los estribos flotantes, no se encontraban en posición. Necesitaban tantos remaches como pudieran ponérseles, pues seguramente la inundación barrería los soportes y los hierros caerían sobre la piedra si no se los bloqueaba por los extremos. Cien palancas forzaban las traviesas de la línea temporal que unía los pilares que no habían sido terminados. Las amontonaron longitudinalmente, las cargaron en vagonetas y las locomotoras, bramando, las subieron a la orilla más allá del nivel de la inundación. Los cobertizos de herramientas de los arenales desaparecieron ante el ataque de los ejércitos rugientes, y con ellos fueron también los estantes hacinados de los almacenes gubernamentales, las cajas de hierro de los remaches, alicates, tenazas, piezas duplicadas de las máquinas de remachar, bombas y cadenas de repuesto. La grúa grande sería la última en moverse, pues estaba subiendo todos los materiales pesados hasta la estructura principal del puente. Los bloques de hormigón de la flota de rastras fueron volcados donde el agua tenía algo de profundidad para defender los pilares, y las rastras vacías fueron trasladadas con pértiga corriente abajo más allá del puente. Ahí era donde pitaba más fuerte el silbato de Peroo, pues al primer golpe del gong grande regresó con el bote a toda velocidad, y Peroo y los suyos, desnudos hasta la cintura, trabajaron por el honor y la fama, que son mejores que la vida.

-Sabía que hablaría -gritaba-. Lo sabía, pero el telégrafo nos dio una buena advertencia. Oh, hijos de procreadores impensables, hijos de vergüenza inexpressable, ¿es que estamos aquí para mirar?

Llevaba en la mano más de medio metro de cuerda de alambre desgastada en los extremos, y con ella Peroo hacía maravillas mientras saltaba de regala en regala vociferando en el lenguaje del mar.

A Findlayson le preocupaban más las rastras que cualquier otra cosa. M'Cartney bloqueaba con sus cuadrillas los extremos de tres vanos dudosos, pero las rastras a la deriva, en caso de que la inundación fuera alta, podrían poner en peligro las vigas; y había una verdadera flota de rastras en los canales laterales.

-Llévalas tras el promontorio de la torre de vigilancia -gritó a Peroo-. Allí habrá agua estancada; llévalas más abajo del puente.

-¡*Achcha!* [¡Muy bien!] Lo sé. Las estamos amarrando con cuerda de alambre -respondió-. ¡Hey! Prestad atención al Chota Sahib. Trabaja duramente.

Del otro lado del río llegaba un silbido casi continuo de locomotoras apoyado por el estruendo de las piedras. En el último minuto, Hitchcock empleaba unos cientos más de vagonetas de piedra de Tarakee para reforzar las vías muertas y los diques.

-El puente desafía a Madre Gunga -dijo Peroo con una risotada-. Pero cuando ella hable, yo sé cuál de las voces será la más fuerte.

Los hombres desnudos trabajaron durante horas, gritando y chillando bajo las luces. Era una noche calurosa y sin luna; el final se vio oscurecido por nubes y por un chubasco repentino que preocupó mucho a Findlayson.

-¡Se mueve! -exclamó Peroo poco antes del amanecer-. ¡Madre Gunga está despierta! ¡Escuchad! -gritó sacando una mano por un lado de la barca y dejando que la corriente le

hablara. Una ola pequeña golpeó el costado de un pilar con un chapoteo quebradizo.

-Seis horas antes de tiempo -observó Findlayson limpiándose la frente salvajemente-. Ya no dependemos de nada. Será mejor que nos apartemos del lecho del río.

De nuevo sonó el gong grande y por segunda vez se produjo el estrépito de los pies descalzos sobre la tierra y el hierro sonoro; cesó el ruido de las herramientas. En el silencio, los hombres escucharon el bostezo seco del agua arrastrándose sobre la arena sedienta.

Un capataz tras otro le fueron gritando a Findlayson, quien se había situado junto a la torre de vigilancia, que su sección del lecho del río estaba limpia, y cuando se acalló la última voz Findlayson corrió sobre el puente hasta que las placas de hierro del camino permanente abrían paso a las planchas de madera temporales situadas sobre los tres pilares centrales, donde se encontró con Hitchcock.

-¿Todo limpio por tu lado? -preguntó Findlayson. El murmullo resonó en la caja del enrejado.

-Sí, y ahora se está llenando el canal del este. Estamos totalmente fuera de cuentas. ¿Cuándo nos caerá encima?

-No se puede saber. El río se llena tan rápido como puede. ¡Mira! -exclamó Findlayson señalando las planchas bajo sus pies, donde la arena, quemada y manchada por meses de trabajo, empezaba a susurrar y efervescer.

-¿Cuáles son las órdenes? -preguntó Hitchcock.

-Llamar a los hombres, contar las provisiones, sentarte en cuclillas y rezar por el puente. Eso es lo único que se me ocurre. Buenas noches. No pongas en peligro tu vida tratando de pescar algo que vaya corriente abajo.

-¡Oh, seré tan prudente como usted! Buenas noches. ¡Cielos, cómo se está llenando! ¡Llueve a conciencia!

Findlayson regresó a su orilla llevándose delante de él a los últimos remachadores de M'Cartney. Las cuadrillas se habían extendido a lo largo de los diques sin prestar atención a la lluvia fría del amanecer y se quedaron allí aguardando la inundación. Sólo Peroo mantenía unidos a sus hombres tras el promontorio de la torre de vigilancia, donde las rastras estaban amarradas por delante y por detrás con guindalezas, cuerda de alambre y cadenas.

Un gemido agudo recorrió la línea y acabó convirtiéndose en un grito mitad de miedo y mitad de sorpresa: el rostro del río se había vuelto blanco de una orilla a otra entre las piedras, y los espolones lejanos se cubrían de espuma. La Madre Gunga había llegado rápidamente hasta la altura de la orilla y su mensajero era un muro de agua color chocolate. Por encima del rugido del agua se escuchó un grito, era el quejido de los vanos que se venían abajo sobre sus bloques mientras las balsas de madera eran lanzadas hacia afuera desde debajo de sus vientres. Las rastras gemían y chocaban unas con otras en los remolinos que giraban alrededor de los pilares, y sus torpes mástiles se elevaban más y más contra la oscura línea del cielo.

-Antes de que estuviera encerrada entre estas murallas, sabíamos lo que haría. ¡Pero ahora que está sujeta, sólo Dios sabe lo que hará! -exclamó Peroo observando el furioso torbellino que rodeaba la torre de vigilancia-. ¡Ohé! ¡Lucha entonces! Lucha con fuerza, pues así es como una mujer se desgasta.

Pero Madre Gunga no lucharía tal como Peroo deseaba. Tras la primera embestida corriente abajo, ya no hubo más murallas de agua, sino que el río se elevó de una manera

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

